

Una Obra de Mecenas Pobres

por Sebastián Salazar Bondy

He aquí las cifras que consigna un dramático folleto que ha comenzado a difundir la Fundación Pro-Juventud: La policía peruana detiene un promedio de 13.000 niños delincuentes por año; en la cárcel se hallan 1.200 adolescentes; los menores en estado étlico detenidos entre 1951 y 1955 sumaron 6.804 casos, de los cuales un alto porcentaje apenas llegaba a los 14 años; casi el 40 por ciento de los reclusos de esos de la Cárcel Central de Lima habían cometido delitos contra el honor sexual practicados en niños, etc. La estadística respectiva figura en un estudio realizado por el doctor Baltazar Caravedo y está respaldado por documentos incontestables. El pavoroso panorama que sugieren tales datos, de los que hemos entresacado sólo unos pocos, no puede serle indiferente a nadie, por más individualista, por más egoísta que sea. Vivimos en sociedad, y no podemos, seamos personalmente dichosos o no, hacer la vista gorda ante un cuadro semejante de miseria y horror. Y por más abstracto que a algunos les parezca el concepto de cuerpo social, es el cuerpo social el culpable de esta situación y el que, además, por razón de su responsabilidad moral ante sí y ante el mundo, tiene la obligación de poner remedio eficaz a dicho estado de cosas. Las cifras mencionadas crecen: son como un mar de fondo que, de pronto, puede encrespase en una tremenda ola y envolver al país en una catástrofe.

No es con fines demagógicos que la Fundación Pro-Juventud, hace conocer este patético mal de que padece nuestro país. El señor Emilio Luna Vegas, que ha redactado el folleto aludido, expresa precisamente que es indispensable iniciar enseguida, sin pérdida de tiempo, una campaña tendiente a aliviar la penuria que afecta a la niñez peruana, sin aguardar que el Estado, a cuyo cargo está esa misión especial, se decida a realizarla con una legislación adecuada. Se trata de mover a la cooperación privada para crear una conciencia nacional de la gravedad del caso, por la que posiblemente el gobierno se vea obligado a convertir lo que será simple paliativo en franca acción de justicia social. ¿Y cómo apela la Fundación Pro-Juventud a la ciudadanía? ¿Qué acto le propone para dar este paso sin tardanza? Por medio de un organismo autónomo, fundar hogares-escuelas en donde se brinde albergue, alimentación y educación a los miles de chicos que, provenientes de hogares desquiciados por la pobreza, hoy están librados al azar pernicioso de la calle, cuya frecuente lección es el ocio, el delito, la inmoralidad viva. ¿Cómo esta-

blecer el poder económico de esa fundación? En otros países son los millonarios sensibles —¡que los hay!— los que procuran el dinero a esta clase de instituciones. Aquí, a falta de ellos, será la ciudadanía modes-



ta la que haga el milagro. La cruzada importa también un ejemplo para quienes viven en la holgura ciegos al resto.

El sistema es simple: bastará aportar 10 soles mensuales a la Fundación Pro Juventud. De ahí, la operación matemática es sencilla: 10 soles por 10,000 contribuyentes hacen

100,000 soles mensuales. Con esta cantidad se podrían construir y poner en funcionamiento por lo menos tres hogares-escuelas al año. Es suficiente seguir multiplicando los números para apreciar la magnitud de la obra no obstante, la exigüidad del aporte individual. Recoger en esos centros a los niños abandonados, a los que son rechazados por el hogar destruido por el hambre y el alcohol, arrojados a la ignorancia y la corrupción por la defectuosa organización social que prevalece en el país, será la misión de esos hogares-escuelas, que serán fundados por mecenas pobres, ya que, salvo muy raras excepciones, los ricos no se dan entre nosotros, mundillo puesto de rodillas ante el becerro de oro. Para llamar la atención del Estado sobre uno de los deberes que más imperativamente, por mandato de la Constitución, le toca cumplir, hay que asociarse a la Fundación Pro-Juventud (Avda. 28 de Julio 779, teléfono 36223) con esos 10 soles que significan techo, pan y saber para quienes hoy extienden la mano mendicante o delictuosa en la calle, acumulando un rencor que mañana puede estallar violentamente. Estallido que será despiadado, pero que tendrá una profunda justificación.